

UN POETA EN LA SORBONA

(Notas sobre la revolución de la Sorbona)

STEPHEN SPENDER

Del libro *La rebelión de los jóvenes* próximo a publicarse en Ediciones Ariel.

Las barricadas

Las batallas callejeras que tuvieron lugar en los alrededores de la Sorbona a mediados de mayo entre estudiantes y policías tuvieron un carácter ritual. Mediada la tarde, cuando todavía había luz diurna, los estudiantes comenzaron a levantar barricadas. Las que yo vi el viernes (24 de mayo) estaban particularmente elaboradas. En primer lugar los estudiantes arrancaron piedras del pavimento y las apilaron como si estuviesen rehaciendo historias de 1789, 1848, 1870. Después, en un temple de profanación ritual, derribaron a golpes de hacha, de modo que cayesen atravesados a lo ancho de la calle, algunos de los plátanos llenos de savia, con su follaje primaveral, recién despertados del invierno. Luego esparcieron, sobre las piedras de las barricadas y entre las hojas de los árboles, cajas, leña, desperdicios procedentes de los cubos de basura sin recoger en las aceras. Finalmente, cuando caía la noche, volcaron, tiraron, empujaron con gran estruendo coches aparcados en la vecindad, frenados, pero desplazados a pesar de ello, y los colocaron tumbados de costado, como trofeos de automóviles rotos del escultor César, sobre las barricadas, entre las ramas de los árboles derribados. En un decorado de esa clase en el Boulevard Saint-Germain habían realizado el contorno de un coche incendiado, añadiéndole una sección de una de esas verjas de hierro forjado que rodean por la base los troncos de los árboles en los bulevares, para proteger sus raíces. Después del combate de la noche, aquel chasis había adquirido un admirable tinte de coral. En su montaje de adoquines azulados parecía como un objeto de museo guardado con amor y respeto. Se dejó allí durante dos o tres días, y fue muy fotografiado por los turistas que llenaban el Barrio Latino durante las horas de sol.

No se veía ni el menor rastro de policías mientras se estaban levantando las barricadas. Cabe presumir que estaban observándose las reglas de lo que ha resultado ser un juego de guerra. Al cabo de unos cuantos días, la policía, después de haber intentado ocupar la Sorbona y el distrito de la universidad a comienzos de mayo, abandonó el territorio de la Sorbona.

El Boulevard Saint-Michel era territorio estudiantil. Los estudiantes dirigían el tránsito. Lo hacían con extraordinario orgullo, como si su milla cuadrada de París fuese una república independiente. En todo caso, las barricadas eran el signo de que el territorio podía ser invadido. La policía ocupa sus largos camiones de forma de jaula, con espesas redes de alambre

en las ventanillas, tras de las cuales esperan, como mastines. Pero luego salen al exterior de los mismos. Se ve reunidos a los policías, al extremo del bulevar, cerca del puente. Sus formas macizas en la penumbra, sólidas, alerta, con los cascos puestos, algunas con escudo, parecen de caballeros medievales. Algunos estudiantes llevan también escudos, las tapas de los cubos de basura, y espadas o bastones largos como lanzas. Lentamente, la concentración de policías avanza calle arriba, como una apretada columna de mercurio a lo largo del termómetro. Los estudiantes se retiran hacia sus barricadas y pegan fuego a las basuras y la leña. La policía empieza a disparar granadas de gas lacrimógeno, y detonadores que atruenan con sus explosiones. Cuando están a pocos pies de distancia de la masa negra de la policía que avanza, los estudiantes escapan corriendo y, ocasionalmente, recogen granadas que no han hecho explosión, y las arrojan a su vez contra la policía.

Súbitamente se me ocurrió la palabra beatnik "cat" (gato). Los estudiantes, inquietos, corriendo ágilmente, haciendo quiebros y regates de costado o hacia atrás, chillando, lanzando arañazos, eran como gatos; los policías, persiguiéndoles en masa, tenazmente, eran como perros.

Cosas terribles ocurrieron a los estudiantes que fueron detenidos y llevados a las celdas de la policía.

Un amigo, el pintor Jean HÉLION, me habló de una pareja a la que vio llorar sobre el cadáver quemado de su coche, en el que habían gastado sus ahorros.

La Sorbona

El centro de la Sorbona es un patio cerrado por las escarpadas paredes de estuco color de ante. El cielo está abierto, pero en su parte alta tienen un feo canto que enmarca su cuadrilátero. Hay dos filas de gradas bastante grandiosas que atraviesan todo lo ancho de uno de los lados del patio, y conducen a la capilla. A lo largo de los lados del patio hay ahora mesas apiladas, con libros, revistas, panfletos, hojas volanderas, etc., todos ellos "revolucionarios". Detrás de las mesas se sientan unos estudiantes, exhibiendo esas mercancías. La mayoría de los eslóganes y carteles parecen proclamar comunismo. Pero una observación más atenta revela que no hay aquí ninguna variedad de comunismo que pueda resultar grata a Moscú o al Partido Comunista oficial de Francia. Incluso una revista que lleva por título *La Nouvelle Humanité* resulta ser trotskista, y detestable para los vendedores de la vieja *Humanité*, que habían sido desterrados hasta las puertas exteriores, a la entrada del edificio. Los géneros revolucionarios que ofrecían los estudiantes eran maoístas, castristas, trotskistas. Retratos de MAO, del CHE GUEVARA, de TROTSKI, de LENIN, de MARX, se exhiben en paredes, carteleras, panfletos, octavillas. Un retrato de STALIN fue expuesto, en una breve aparición, pero no tardó en desaparecer.

Un día hubo una mesa dedicada a los curdos, turcos, árabes y argelinos; detrás, en la pared, había carteles que atacaban el sionismo. También

eso desapareció. La Sorbona es cultura francesa cosmopolita. Entre el aturridor surtido de anuncios, llamamientos, boletines colocados por todas partes, o folletos que se entregaban a mano, reparé en directrices para los estudiantes griegos, españoles, portugueses y alemanes, algunas de ellas escritas en los respectivos idiomas. Y, desde luego, había norteamericanos. Dos de ellos estaban sentados, en actitud bastante insegura, ante una mesa, para recoger firmas para una petición en apoyo de MENDÈS-FRANCE. Un comité de estudiantes norteamericanos se asomaba a las ventanas de las oficinas de la Sorbona en la Rue Censier. También norteamericanos de los que se resisten al alistamiento para el servicio militar. Parecen solitarios, abatidos. Me preguntan de qué medios podrían valerse para conseguir publicidad para su causa. Me dan copias de una hoja informativa ciclostilada, que están repartiendo.

En todos los pisos hay aulas, salas de conferencias, oficinas. Uno de ellos parecía destinado a guardería infantil. Había un aula de poetas, sentados ante una mesa, con hojas de papel ante ellos, escribiendo poemas, al parecer. Uno de ellos se me acerca y me muestra un poema que había escrito, consistente en misteriosos jeroglíficos. Me explica que éstos tienen un significado profético, que anuncian el fin del mundo. Los poetas han ido bastante lejos en la decoración de sus habitaciones. Una señora llega y pregunta si alguien tiene un bote de pintura: ha habido protestas por las obscenidades de las paredes.

Las entradas del patio de la Sorbona a pasillos y escaleras están todas llenas de anuncios pegados. Casi todas las oficinas de departamento y las clases han sido ocupadas por comités, organizadores, planificadores, oradores: Comité de Acción, Comité de Coordinación, Comité de Ocupación, Comité de Agitación Cultural, y el siniestramente llamado Comité de Intervención Rápida, los Katangas.

Parece que el movimiento tiene una tendencia a la proliferación en células, actividades, categorías, subdivisiones. Advertí que el *Commando Poétique* tenía sus funciones subdivididas en: *Tracts poétiques*; *affiches poétiques*; *création collective*; *publications à bon marché*; *liaisons interartistiques*; *recherches théoriques*; *commandos poétiques révolutionnaires*; *praxis poétique révolutionnaire*.¹

Los poemas que vi (*Le Monde* publicó una selección de ellos) parecían una mezcla de surrealismo y los escritos izquierdistas socialmente conscientes de los años treinta, y un regreso al estilo político de ELUARD. La verdadera poesía de la revolución es su elegancia, políticamente revolucionaria, pero imaginativa e ingeniosa. Los poemas revelan los más profundos impulsos del movimiento mejor que la mayoría de los panfletos y declaraciones. Todos se reúnen — como lo hacen todos los más bellos impulsos de los estudiantes — en el magnífico resumen: “La Imaginación es Revolución”. Los eslóganes nos hacen comprender por qué los estudiantes no pueden con-

1. Folletos poéticos, anuncios poéticos, creación colectiva, publicaciones baratas, relaciones interartísticas, investigaciones teóricas, comandos poéticos revolucionarios, praxis poética revolucionaria.

geniar con los grandes sindicatos, los partidos políticos, o el comunismo oficial:

*Prenez vos désirs pour des réalités.
Monolithiquement bête, le Gaullisme est l'inversion de la vie.
Ne pas changer d'employeur, changer l'emploi de la vie.
Vive la communication! A bas la télécommunication!
Plus je fais l'amour, plus je fais la révolution; plus je fais
la révolution, plus je fais l'amour.
Luttez dans la perspective d'une vie passionnante.
Toute vue des choses qui n'est pas étrange est faussee.²*

Algunos eslóganes ofensivos, de un modo personal, contra el general o contra la policía, tenían una breve aparición de pocas horas, y luego desaparecían, a veces para reaparecer de nuevo fugazmente. Había uno que apareció después de una noche en que algunos estudiantes habían sido bárbaramente apaleados por la policía, que yo encontré conmovedor en su petición. Apareció una vez, y no llegué a verlo de nuevo: "*Flic, méfistoi des stimulants qu'on met dans ta soupe*".³

Después del regreso del general DE GAULLE de su visita oficial a Rumania, hizo, o así se informó, su famoso comentario sobre los desórdenes de Francia: "*La réforme, oui; le chienlit, non*". Hubo muchas especulaciones sobre el significado del término cuartelero "*chienlit*" (*chie-en-lit*); después de mucho debate en la prensa, se aceptó bruscamente el significado de "caca en la cama". Los estudiantes marcharon por las calles gritando, en su coro rítmico, fuertemente acentuado:

*c'est lui lui
le chie en lit.⁴*

Empezaron a pegarse en las paredes noticias referentes al estado del esfínter del General. Pero pronto desaparecieron.

La explosión de palabras

En un aula de la Sorbona se está desarrollando una discusión acerca de la naturaleza del trabajo en la sociedad de consumo. La sala está llena de público, formado tanto por personas mayores como por jóvenes. La

2. Tomad vuestros deseos por realidades. Monolíticamente tonto, el gaullismo es la inversión de la vida. No cambiar de patrón; cambiar de empleo en la vida. ¡Viva la comunicación! ¡Abajo la telecomunicación! Cuanto más hago el amor, más hago la revolución; cuanto más hago la revolución, más hago el amor. Luchad en la perspectiva de una vida apasionante. Toda visión de las cosas que no sea extraña, es falsa.

3. "*Flic*, desconfía de los estimulantes que te echan en la sopa". "*Flic*" es un término de argot para designar a los policías. Es una onomatopeya del ruido de un látigo, o de una porra de goma. (N. del T.)

4. "Es él, él, la *chie-en-lit*".

discusión está siendo dominada por dos jóvenes, uno de los cuales, en la tribuna, es evidentemente un trabajador. Tiene una cara delgada, de rasgos salientes y erizados, cabello de color de paja subrayando la línea de la parte posterior de la cabeza, que parece casi continua con el cuello. Habla del trabajo, que, dice, en todas circunstancias tiene que ser duro y cansado. Lo que se opone al trabajo, dice, es el placer; y describe, de un modo muy exhibicionista, sus días de fiesta, que pasa, al parecer, conduciendo su motocicleta por el país, y acostándose con tantas chicas como le es factible. Sin duda, eso es lo opuesto a lo que él entiende por trabajo.

Se enfrenta con él un estudiante que se pone en pie muy cerca de él. Es pequeño, moreno y fuerte, y tiene en los ojos y en los labios una expresión parecida a la del ciego que recobra milagrosamente la vista en un cuadro de Rafael. Dice que el trabajo es alegría cuando uno es miembro de un grupo, si se siente la colectividad (todos los posibles ecos provocados por esa observación son suprimidos por su sonrisa), la alegría es participación, liberación del encierro del yo. Describe los días de fiesta que él y sus compañeros han pasado juntos, y en los que han trabajado mucho. El individuo no tiene que ser como el intelectual burgués, alienado y separado, existente "sin contexto social", a no ser el de otros intelectuales como él; ni tiene que ser una rueda en una máquina. Tiene que estar en la sociedad como el pez en el agua. ("Estamos en el socialismo como el pez en el agua", me dijo un estudiante checo en Praga, en el mes de julio.)

El trabajador interrumpe y dice: Usted no está hablando del trabajo. Está hablando del deporte. El deporte no es trabajo, es un desarrollo libre del individuo. Trabajo significa recibir órdenes de uno que está puesto encima de nosotros. El estudiante dice que en la revolución la automatización reemplazará la especie de trabajo que es esclavitud. El trabajo consistirá entonces en participación. No habrá opresión desde arriba, porque habrá un continuo movimiento de vaivén entre los que están en la base de la sociedad y los que están en su cima, una corriente vital. Las máquinas funcionarán, pero las mercancías y servicios que produzcan serán un medio para llevar una vida más valiosa, y no "fines en sí" que sirven para probar que el individuo *posee* cosas o adquiere categoría. Los estudiantes y los trabajadores, juntos, podrían conseguir, dice el joven, ese tipo de sociedad. Pero no los intelectuales, que están vacíos, porque reflejan problemas peculiares a ellos mismos, fuera del contexto de la sociedad. Para ser verdaderamente revolucionario hay que tener experiencia de la realidad.

Aquella discusión era ingenua, pero era frecuente, en la Sorbona o en el Odeón, oír algo que era peor que ingenuo, un parloteo caótico, estúpido, obtuso, que hacía añorar largas charlas de cátedra sobre RACINE. No obstante, quizás era sabio aquel charlar por charlar, el hablar como un simple acto. Palabras, palabras, no inhibidas, crudas, teóricas, confesionales, habían tomado posesión de París, de Lión, de Burdeos y otras ciudades. Es la irrupción de una expresión largo tiempo refrenada. No solamente la Sorbona y el Censier, Bellas Artes y el Odeón estaban llenos de palabrería, sino hasta las mismas calles. Ha aparecido otra parte de la tradición revolucionaria francesa, la idea de unir fuerzas con otros en las calles, *dans la rue*.

En la Rue de Rennes me encuentro entre un grupo de compradores y dependientes, en el exterior de un almacén de precio único cerrado. Un comprador frustrado dice con indignación: "¿En qué acabará todo esto? ¡En el comunismo, la pobreza para todos!" "¡Nada de eso! — dice un trabajador elegante, vestido de negro — Comunismo significa *más* frigoríficos, *más* receptores de televisión, *más* automóviles. *Le communisme, c'est le luxe pour tous*".

Esa definición — el comunismo es el lujo para todos — pone de manifiesto lo difícil que es para los estudiantes — muchos de ellos conscientes de su condición de burgueses y deseosos de un mundo en el que las cosas materiales estén subordinadas a otros valores humanos — sintonizar con los trabajadores, la mayoría de los cuales, desde luego, quieren bienes de consumo. La relación de los estudiantes franceses con *les ouvriers* es un asunto de amor en el que el burgués con consciencia de culpa trata de ganar para sus propios valores a los miembros de lo que él ve como la clase injustamente tratada.

Los estudiantes franceses identifican la revolución con la espontaneidad, la participación, la comunicación, la imaginación, el amor, la juventud. Las relaciones entre los estudiantes y los jóvenes trabajadores que compartan — o que sean convertidos a — esos valores, son de primerísima importancia. Los estudiantes franceses dramatizan una lucha que no es tanto entre el proletariado y el materialismo capitalista como entre las fuerzas de la vida y el opresivo peso muerto de la burguesía. Están contra la sociedad de consumo, contra el paternalismo, la burocracia, el progreso impersonal y las estáticas jerarquías de partido. La revolución no ha de llegar a osificarse. Es *la révolution permanente*.

No es que los estudiantes quieran prescindir por completo de las máquinas de lavar y de los frigoríficos. Su actitud se manifiesta en un documento de treinta tesis redactado en el Censier por un grupo denominado *Les Yeux Crevés*. El documento comienza definiendo a los estudiantes como una clase privilegiada, no tanto económicamente como porque "solamente nosotros disponemos del tiempo y de la posibilidad de adquirir consciencia de nuestras propias condiciones y de la condición de la sociedad. Hay que abolir ese privilegio y actuar de modo que cada uno pueda ser privilegiado". El documento procede a afirmar que los estudiantes son trabajadores como todos los demás. No son parásitos. No condenan "en bloque" la sociedad de consumo. "Hay que consumir; pero consumamos lo que hemos decidido producir... Deseamos controlar no solamente los medios de producción, sino también los de consumo: tener un albedrío real, no teórico."

Lo más impresionante son los gestos de denegación. Constantemente tengo la sensación de que el mundo de los estudiantes es un mundo rodeado por trampas, pasadas o presentes. Trampas burguesas, trampas comunistas, trampas dispuestas para ellos por la generación anterior, pero también trampas en las que caen los miembros de esta generación al tratar de esquivar todas las trampas. De ahí:

Estudiantes, rehuid el "revolucionismo". No es cuestión de hacer una revolución, no importa qué revolución, porque ésta no se hará sola. *La revolución no es ni un lujo ni un arte. Es una necesidad histórica cuando todos los demás caminos son imposibles.*

Los estudiantes rehúsan categóricamente la ideología del "rendimiento", del "progreso", y de las llamadas pseudo-fuerzas.

Estudiantes, no dejéis paso al chantaje del apoliticismo. Nuestra lucha ha sido siempre política, y solamente puede ser eso. Rehusad los paliativos de la comprensión, el paternalismo y el sentido común, que se nos piden.

Contra un mundo cuyos remedios y paliativos, rechazan:

Estudiantes, contamos con nuestra juventud, nuestra inmadurez, para hacer que cada uno elija libremente y pueda hacerse verdaderamente adulto, maduro, responsable.

Estudiantes, rehusad los diálogos de sordos con palabras, pero rehusad también el diálogo de la fuerza brutal y convencional. *Conservad la iniciativa. No nos clavemos en puntos fijos, ni detrás de las barricadas. No nos dejemos poner a la defensiva, ¡ataquemos!*

Una cosa — quizá la única — que los estudiantes de París tienen en común con los beatniks y los hippies de la generación psicodélica es que desean vivir la vida de la revolución incluso mientras están inmersos en la acción para llevarla a cabo. Pero son opuestos a las drogas y a formas similares de auto-realización, excéntricas e individualistas; en parte, porque su concepto de la revolución es comunitario y no individualista; pero, aún más, porque tienen una aguda consciencia de los efectos contrarrevolucionarios de las drogas.

No obstante, no se debería descartar la influencia beatnik. Sus largos cabellos, su modo de vestir descuidado y a la vez pintoresco, la masculinidad que incluye lo femenino y no siente interés por ningún culto del machismo, a lo HEMINGWAY, todo eso es beatnik. Aún cuando en cualquier momento todo puede volverse en la dirección de la lucha política, de la interpretación ideológica, de la disciplina, no está ya vuelto desde el principio. Cuando los dirigentes dicen "*un peu de discipline*" quieren decir "muy poquita", sólo ese poco sin el cual nada podremos conseguir. Ocasionalmente aparecen en las paredes textos beatniks: *La proprété est le luxe des pauvres, soyez sales.*⁵

Los estudiantes franceses no gustan de hablar acerca de los bolcheviques y los anarquistas de la República española, que también decían que querían una democracia directa. O bien, si se les recuerda ese caso, se refugian en la idea de que la suya propia es una generación sin precedentes. Recordar los fallos de revoluciones anteriores es, a sus ojos, adoptar una actitud paternalista, presuntuosamente protectora. El *Times* de Londres

5. La limpieza es el lujo de los pobres: sed sucios.

señaló en un editorial como una debilidad de los estudiantes el que no parecían haber leído *Animal Farm*, de George ORWELL. Pero los estudiantes no querían leerlo, y, si lo leyeran, podrían no encontrar nada que les pareciera aplicable a su caso.

Es significativo que el movimiento de los estudiantes de la Sorbona —llamado el movimiento del 22 de Marzo— comenzó entre sociólogos en la nueva universidad, recientemente construida, de Nanterre, un desolado suburbio industrial. Una larga declaración de COHN-BENDIT y alguno de sus colegas, en *Esprit* (número de mayo), presenta a los estudiantes de sociología convencidos de que la sociología, a consecuencia de la influencia norteamericana, se ha convertido en simples cuadros estadísticos de la sociedad existente. Los muy escasos estudiantes de sociología que consigan empleos después de diplomarse en la universidad, tendrán que dedicarse a actividades de información sobre el consumo, o similares. La sociología, en lugar de ser un instrumento de la sociedad burguesa, podría volverse contra ésta para hacer una revolución y construir una sociedad nueva. Hoy la sociología desempeña en su pensamiento el papel de la filosofía en el Manifiesto Comunista. En vez de ser un estudio pasivo, pasa a ser la sociedad vivida y querida, pero una sociedad dirigida contra la sociedad capitalista existente. Aquí están implícitos los principios de una ideología de los estudiantes.

Quizás inevitablemente, los estudiantes están faltos de autocrítica. No advierten las inconsecuencias en sus propias actitudes, incluso cuando, para un observador exterior, tendrían que parecer posiblemente desastrosas. Eso me impresionó cuando oí a un estudiante, que había organizado la revuelta de la universidad de Estrasburgo, describir sus experiencias ante una gran concentración en el anfiteatro de la Sorbona. Hablaba de los profesores con que los estudiantes tenían que tratar, con ese tipo de desprecio que es común a algunos estudiantes. Contó cómo alguien le había preguntado por qué no había explicado adecuadamente las cosas a las autoridades de su universidad, y cómo él había contestado: "porque uno no entra en discusiones con personas que son no-existentes". Personas con las que no se habla porque son no-existentes! Cualquiera que fuese la justificación que pudiera haber para adoptar esa actitud en Estrasburgo, no pude por menos de preguntarme cómo funcionaría en la "democracia directa". Suponiendo —pensé— que nuestro estudiante de Estrasburgo vaya a una fábrica o a una aldea en la que haya campesinos, lo probable es que encuentre a bastantes personas con actitudes no muy desemejantes de las que él conoció en Estrasburgo —personas "que no entienden nada" (*qui n'ont rien compris*, ésta era otra de sus frases para describir a los que no estaban de acuerdo con él). Y ¿no hemos oído ya eso antes de ahora? ¿No empezaron los soviets con la buena voluntad de hablar con todos y cada uno —que les comprendiese—, y no hicieron luego el horrible descubrimiento de que aún había elementos burgueses, campesinos recalcitrantes, personas que no entendían nada, en una palabra, personas con las que hay que dejar de hablar? Al llegar a este punto, la frase "*on ne parle pas avec des gens qui n'existent pas*" adquiere un tono siniestro.

Los estudiantes son — creo que debe subrayarse — conscientes de esos peligros, y no desean que se repitan. Pero, aun así, yo me pregunto qué pasaría si alguien escribiese en los muros de la Sorbona: “El infierno está empedrado de buenas intenciones”. Si eso fuese escrito allí, creo que duraría poco. Ya pude darme cuenta de que los estudiantes de la Sorbona son muy diestros en borrar letreros.

Los estudiantes, quizá por su posición aparte, en el aislamiento de la Sorbona, como en un escenario teatral, me hacen recordar argumentos o caracteres literarios. Hay algo en sus movimientos que me recuerda *The Lord of the Flies*, con su “Comité de Intervención Rápida” de malhechores de Katanga, dispuestos a salir de sus sótanos para producir una caída final. Cuando se ha subido a la Sorbona, parece muchas veces que uno está en el mundo de *Alicia a través del espejo*, en el que todos los valores del mundo exterior circundante se dan invertidos.

Jean-Paul Sartre en la Sorbona

El día 20 de mayo, a las siete y veinte de la tarde, entré en el Gran Anfiteatro de la Sorbona, para asegurarme de que no llegaría tarde al gran espectáculo de los escritores, *les écrivains*, en el que debía aparecer Jean-Paul SARTRE. El espectáculo estaba anunciado para las diez de la noche, pero ya el amplio local estaba tan lleno que apenas si pude arreglármelas para introducirme a empellones entre dos estudiantes franceses y una chica norteamericana de cara cuadrada, nariz corta y ojos asombrados de botón. A eso de las ocho y media, Mary McCARTHY y MULISCH, el escritor holandés, hicieron su aparición y tomaron asientos reservados para la prensa (de los que había una única fila, a todo lo ancho de la plataforma posterior, bajo el interminable mural de Puvis de Chavannes). Me las arreglé para salir de mi sandwich humano, saltar una barrera y alcanzar la plataforma, donde ocupé una silla al lado de Mary McCARTHY. Después de un lapso de unos diez minutos, ocupados por diversos oradores estudiantiles y obreros que dijeron cosas de las que nadie llegó a enterarse poco ni mucho, algunos miembros de la vasta audiencia, en la zona enfrentada con la plataforma y en diversas galerías que llegaban hasta el techo, empezaron a gritar a coro que se levantasen los que estaban sentados en “*la scène*”. El presidente, o los presidentes, porque ahora había allí varios dirigentes estudiantiles que trataban de controlar a la multitud, respondieron que aquellos lugares estaban reservados para la prensa. Como yo no era de la prensa, dije a Mary que me sentaría entre la masa de personas que bordeaba la plataforma, y, acobardado, así lo hice. Para no poca sorpresa mía, alguien trajo cortésmente sillas para nosotros (Mary McCARTHY y MULISCH me habían seguido). Nos sentimos más a gusto, estratégicamente hablando, al no estar tan directamente en la línea del inmensamente concentrado fuego de aquel público; aun cuando, por seguir al fin y al cabo en la plataforma, continuábamos expuestos a la vociferante crítica del público, que evidentemente creía tener alguna clase de derecho a intervenir en la colocación

del personal de la plataforma. Estar allí sentados ante aquella inmensa masa chillona, inquieta, gesticulante, era como estar contemplando una boca como una caverna, llena de dientes enfurecidos. O, para decirlo de otra manera, nuestra posición en aquella plataforma, inestable, sometida, al parecer, a movimientos impuestos por la voluntad concentrada del público, era semejante a la de limaduras de hierro sobre una lámina de vidrio bajo la cual hubiera un imán potente e impetuoso. Aquel público podría ciertamente haber proporcionado una lección a cualquier productor teatral que estudiase el modo de producir un coro; porque los asistentes eran capaces de recitar con incisividad multitudinaria no solamente la terrible frase sibilante "*assis!*",⁶ sino proposiciones completas, como "*¡Fuera los fotógrafos!*", y "*Nous ne voulons pas des personnalités!*",⁷ o, dirigiéndose a un orador: "*¡No queremos oírte!*" Desde lo que podríamos llamar el puente de la plataforma, detrás de la larga mesa donde estaba gesticulando el presidente, el auditorio tenía que parecer un mar tempestuoso que aquellos infortunados pilotos estaban tratando de dominar. Los pilotos gritaban desesperadamente "*pas de désordre!*" y "*un peu de discipline!*", frases ambas que implicaban una rendición de principio (podía sentirse la angustia en sus voces), y que les enseñaban una terrible lección (puesto que aquel auditorio constituía, sin duda, un irreprochable modelo de espontaneidad y maneras revolucionarias).

Y durante todo aquel tiempo, de un modo inexorable, la sala seguía llenándose, hasta el punto que uno imaginaba —no era posible *no* imaginarlo— que sus límites se dilataban, como si las paredes fueran de goma, o como si se tratara de un acordeón. Todos los pasos estaban bloqueados hasta la sofocación, y había figuras que colgaban en racimos de los ornamentos de las balaustradas entre las galerías. Jaleada por ovaciones, una chica se las compuso para reptar hacia un nicho situado, a cierta altura, en mitad de una pared, y sentarse en las rodillas de una estatua de PASCAL. Una segunda imitó su ejemplo, y se colocó en pie, en el nicho, detrás de la primera.

De un modo u otro, en medio de aquel tumulto, M. Max Pol FOUCHET, un director de la televisión francesa, se las arregló para pronunciar unas palabras, en las que declaró valientemente que él y sus colegas estaban luchando por la libertad de la televisión. Concluyó con un gesto que me trasladó a Madrid, treinta años atrás: un puño cerrado ante un auditorio que no le manifestaba un acuerdo pleno. Su saliente mandíbula parecía tratar de imitar el gesto de su puño. Entonces uno de los presidentes consiguió imponer el suficiente silencio para que se le oyera decir que el local estaba tan lleno que era imposible que el señor SARTRE y los *écrivains* alcanzasen la plataforma. Alaridos. Execraciones. Pero estaba claro que el presidente no sentía rencor alguno por el público. Se limitaba a llamar su atención acerca de una realidad física. En aquel momento, junto a su mesa, daba la impresión de no poder hacer otra cosa que aferrarse a su balsa. El

6. ¡Sentados!

7. ¡No queremos personalidades!

denso mar opaco del auditorio lo había invadido todo por todas partes. Era fácil comprobar que no había intersticio por el que pudiera abrirse camino el señor SARTRE. No obstante, prosiguió el presidente, el señor SARTRE había consentido en venir. Parecía un milagro, porque allí estaba SARTRE junto a la mesa, mirando al público a través de sus gafas de cristales gruesos como troneras, y todas las olas y los vientos se apaciguaron. SARTRE comenzó inmediatamente explicando que aquello no era lo que él esperaba. Él no había acudido allí para un espectáculo público, para un acontecimiento literario. Había venido para intervenir en un diálogo, de preguntas y respuestas, con los estudiantes. En consecuencia, propuso que el auditorio se disolviese y se reuniese de nuevo en salas y aulas vecinas, a una de las cuales iría él, mientras cada uno de sus colegas iría a cada una de las restantes... Pedir eso fue como pedir a la audiencia que se convirtiera en un mar sin vientos, y se reprodujera por disección. Pero los circunstantes no querían a sus "*chers collègues*". Le querían a él, por más que despreciasen a las personalidades, a pesar del hecho de que se habían negado a escuchar a ARAGON, enviado por el Partido Comunista como un domador de leones, para calmarlos, a pesar del hecho de que habían rechazado a Françoise SAGAN, con uno de sus mejores logros corales, según se me dijo: "Vuélvete con tu whisky y con tus amantes" (¿o fue "con tu Mercedes"?). Ellos querían oír a SARTRE. Podrían haber añadido que no era honrado de parte de SARTRE protestar que él no estaba allí como parte de un espectáculo literario, porque era exactamente así como los carteles habían anunciado la reunión, y que echar en cara a un auditorio que es demasiado grande es todavía más irrazonable que echar en cara a un hombre gordo que es demasiado gordo.

Finalmente SARTRE se resignó a responder a preguntas, y, por alguna vía extraordinaria, el auditorio consiguió ponerse en la situación de una entidad espiritual semejante a un pequeño grupo atento. Se hicieron preguntas, y SARTRE, como una calculadora electrónica, fue proporcionando pequeñas respuestas compendiadas, con una voz crujiente. Había, añadido a la voz, un sonido de hojalata proporcionado por el altavoz del que salía, en algún lugar tras varios centenares de personas, en la pared que había detrás de mí. La transformación de la asamblea en un seminario atento constituyó un cálido reconocimiento de las mejores cualidades de SARTRE, su integridad, su incapacidad para las componendas, su calor. Puso también de manifiesto una gran virtud del público: su capacidad para transformarse, para reconocer, para atender, incluso para llegar a aburrirse (empezaron a distenderse), en lugar de mantenerse en la borrachera de su propia excitación.

De pronto descubrí que yo mismo era incapaz de escuchar demasiado, porque estaba pensando acerca de SARTRE. Me pareció que éste tiene un corazón cálido y un cerebro frío. El corazón cálido obra como un motor, que conduce la máquina humana de modo que vaya hasta la Sorbona en respuesta a los estudiantes. Pero, una vez llegado allí, el cerebro frío toma el mando y produce respuestas de lógica en porciones. Pero aun así su humanidad consigue pasar a través de ese tamiz.

La edad avinagrada y la juventud no pueden vivir juntas

Una tarde, cuando yo salía del teatro del Odeón, dos jovencitos que tenían tal vez más el aspecto de pilluelos callejeros de novela de DICKENS que no el de estudiantes, se decían el uno al otro: "¿Por qué no se corta ése el pelo?" "Quizá se lo cortaría con las uñas!" "¡A lo mejor es una peluca!" El respeto por los cabellos blancos no se consideraba, desde luego, un deber en el París del mes de mayo.

De ordinario, sin embargo, los viejos se sienten más bien invisibles, como se supone de los negros en los Estados Unidos de América. "Los jóvenes hacen el amor, los viejos hacen gestos obscenos", dice un eslogan de la revista anarquista *L'enragé*. Al parecer, los jóvenes han leído *Romeo y Julieta*, pero no *Antonio y Cleopatra*.

Yo hice a uno de mi edad la observación de que yo gozaba, en conjunto, de mi invisibilidad. Mi interlocutor dijo: "Yo también pensaba eso, hasta que fui una vez a la Sorbona con mi hijo de veinte años. Estuve allí sentado tranquilamente, y, como tenía que marcharme pronto, me alegré de que se me considerara como un fantasma. Pero no había hecho más que levantarme cuando llegó otro estudiante, y dijo a mi hijo: "*Qui était ce vieux con avec toi?*"⁸

Una noche estaba yo en el Odeón, el teatro de *avant garde* al viejo estilo Jean-Louis BARRAULT, que los estudiantes habían "liberado" y abierto para celebrar allí discusiones maratónicas completamente sin planificar, que se prolongaban casi hasta el amanecer. La escena era como el sexto acto en el Teatro de la Crueldad, en el que el público hubiera desgarrado el telón y se hubiese apoderado del terreno para actuar por su cuenta y hacer su propia representación. Y, según me temo, se encontraban a sí mismos mucho más entretenidos que a IONESCO o a BECKETT. La representación era caótica, y muchas veces sentí lástima por los estudiantes que presidían, de pie en el pasillo, gritando "*Silence! N'interrompez pas! Un peu d'ordre! Discipline!*"

Todo el mundo llamaba "camarada" a todo el mundo. Allí estábamos en un mundo en el que la revolución ya había tenido lugar, aunque había también intrusos incrédulos, generosamente admitidos, a los que se abucheaba, pero a los que, no obstante, a pesar de muchas interrupciones, intermitentemente, fragmentariamente, se les atendía, porque, cualquier cosa que pudiera ocurrir más tarde (y yo tenía mis temores a ese propósito), los estudiantes eran de lo más escrupulosos en su intento de estar abiertos a todos los puntos de vista, incluso a los de los gaullistas o de los miembros fascistas del grupo *Occident*.

En una determinada ocasión, yo me sentí súbitamente herido por el pensamiento (un retortijón histérico) de que debía comunicar a los estudiantes de la Sorbona el hecho de que, cuando hablé a los estudiantes de

8. ¿Quién era ese viejo tonto que estaba contigo? Pero, además, el estudiante dice "tonto" con un término de argot, más ofensivo, *con*.

Columbia, algunos de éstos me habían preguntado si los estudiantes de la Sorbona pensaban algo de ellos. Yo no era un emisario, no me habían encargado que dijera nada, y, sin embargo, tenía la impresión de que debía transmitir aquello. Entonces, tranquilizándome con la idea de que con mis cabellos blancos no sería oído, tomé el brazo del joven particularmente vigoroso que estaba dirigiendo la audiencia, e indiqué, humildemente, que me gustaría decir una palabra. No hubo más que un aullido de desaprobación (que fue silenciado por el joven presidente con un severo "*On a écouté même Jean-Louis Barrault, pourquoi pas lui?*"⁹) y yo empecé a dirigir mi pobre francés a lo que parecía un silencio eléctrico. Para asombro mío, escucharon, y luego empezaron a hacer preguntas. ¿Podría yo comparar la situación de los estudiantes en las universidades de los Estados Unidos con la de los estudiantes de Francia? Un estudiante llegó a expresar la opinión de que los estudiantes americanos estaban mucho más adelantados "que los nuestros". Entonces alguien preguntó si era verdad que todos los estudiantes norteamericanos estaban siempre bajo la influencia de las drogas. Yo luché por contestar a esas preguntas, y luego, a la primera oportunidad, abandoné el teatro y fui hasta un bar. Tres estudiantes me siguieron. Uno de ellos se me acercó con mucha timidez, y dijo: "*Monsieur... Monsieur... Est-ce que c'est vrai que vous êtes M. Marcuse?*"¹⁰

Cuando ocurría que las discusiones del Odeón daban con un "tema", podían ser serias y muy simpáticas. Una noche un joven se levantó en la galería (la gente hablaba desde la parte del teatro en que se encontraba, fuera la que fuera), y (con su cabeza vista por mí, desde abajo, en escorzo, como si estuviese en continuidad con el techo salpicado de colores de André MASSON) dijo, muy sencillamente, que él había tomado a su cargo a algunos delincuentes adolescentes. Él pensaba que estaba teniendo escaso éxito en su intención de ayudarles, y le gustaría conocer las opiniones del auditorio acerca de la delincuencia. A continuación fueron poniéndose en pie un orador tras otro, y se discutió el problema, con seriedad, con sensatez, aunque sin que se dijera nada original.

Me sorprendió ver cuántas personas de las allí presentes resultaron ser trabajadores sociales. Las condiciones en prisiones y barrios bajos de las que esas personas informaron eran deplorables. La discusión prosiguió a un nivel de seria inquietud, y sin necedades, durante una hora. Cuando terminaba, me levanté para retirarme, pero, a la salida, un estudiante tunecino me detuvo y me dijo: "Todos hablan del daño que la prisión hace a las personas, pero a mí me hizo bien. A mí me metieron en la cárcel en Túnez. Grité, maldije, pateé a los que me apresaban y ellos me pegaron a mí, e imploré durante todo el día; pero, al cabo de dos años, empecé a escribir poemas y narraciones, y por esa razón estoy aquí — gracias a la prisión — en la Sorbona". "Vaya y cuénteles eso", dije, y le seguí de nuevo al teatro, donde, unos minutos más tarde, hizo su turno oratorio, que resultó ser principalmente un ataque al presidente BURGUIBA. Pero también dijo lo que

9. "Hemos escuchado hasta a Jean-Louis Barrault. ¿Por qué no a éste?"

10. "Señor... señor... ¿Es verdad que es usted el señor Marcuse?"

a mí me había contado, y terminó con un cierto dramatismo: "La prisión me ha enseñado que para lograr algo en la vida se tiene que sufrir...". Una observación que no ofreció a ninguno de los presentes un asa por donde cogerla.

Asistía a aquella reunión una distinguida filósofa alemana, con la que salí más tarde a tomar un café, y que me hizo una crítica de la euforia de la asamblea. Lo que ella había advertido, decía, en aquellas discusiones, era que éstas consisten en que unas personas digan cosas como si se dijieran por primera vez, cosas sin continuidad con algo que ya se hubiera dicho antes o que hubiera que decir después. Por lo demás, lo que se había dicho procedía de ideas que todos hemos leído de un modo u otro en libros, ideas tomadas del ambiente intelectual. Dijo que ella pensaba que el verdadero problema no consistía en que los jóvenes no quisiesen tener contacto con los viejos, sino en que, precisamente, estaban faltos del contacto con mentes de verdad adultas. En efecto, los profesores y las personas mayores con que los jóvenes tenían que tratar, eran mentalmente adolescentes. Ella atribuía una parte muy importante de las actitudes de los jóvenes a un nihilismo superficial que ha estado de moda durante mucho tiempo, y se preguntaba si la universidad no habría ya sido destruida, y si podría recuperarse. Ella entendía la universidad no como un lugar en el que sólo hubiera los mejores maestros, sino como un lugar en el que hubiera valores tan expresivos y penetrantes que hasta un profesor de segunda fila pudiera encajar en su estructura sin disminuir la calidad de ésta.

Epílogo y anticlímax

Aquel mes de mayo, en la Sorbona, durante algunas semanas, los estudiantes vivieron la vida en común de unas condiciones compartidas, de llegar a decisiones mediante el método de la "democracia directa"—es decir, consultando a los comités de acción del movimiento ("la base"), y no imponiendo decisiones desde arriba—, de tener asambleas que fueran, en la mayor medida posible, espontáneas, con un presidente distinto para cada reunión, con la intención de tener a raya el "culto de la personalidad".

Sin embargo, a finales de mayo, sometidos a la presión del gobierno y de la policía, atacados por los comunistas, y faltos de apoyo de la *Confédération Générale des Travailleurs*, los estudiantes tuvieron que reconsiderar su concepto de organización. Y no podrían haberlo hecho sin poner en cuestión la "democracia directa". Una conferencia de prensa en la Sorbona, el día 1 de junio, resultó en un desacuerdo entre COHN-BENDIT y otros líderes estudiantiles en cuanto a si la organización para la acción y la auto-defensa brotaría espontáneamente de la discusión en *les bases* o tendría que ser impuesta por los dirigentes. COHN-BENDIT pensaba que el dinamismo del movimiento continuaría procediendo de la base. En la copia

mal mecanografiada del informe que publicó la oficina de prensa, se citan estas palabras de COHN-BENDIT:

La única posibilidad de producir formas revolucionarias que no lleguen a osificarse está en esperar hasta que un propósito común haya sido descubierto entre todos los comités de acción, mediante la discusión de las cuestiones en la base.

Sus colegas aceptaron la "espontaneidad" como principio, pero no creían que las circunstancias les dejaran mucho tiempo para la discusión en los comités de acción. Manifestaron que tendrían que decidir en seguida sobre las medidas de "auto-défense". Uno de ellos, WEBER, dijo que los comités estaban demasiado desorganizados y faltos de coordinación para ser capaces de "auto-défense" frente a las muy bien organizadas fuerzas gaullistas.

La discusión a propósito de la organización es crucial, porque el peligro inherente a la organización demasiado escasa es la derrota ante las fuerzas gaullistas y comunistas, fuera del movimiento; mientras que el peligro de una organización excesiva es la derrota por falta de espontaneidad en la base. Las demostraciones y marchas, las barricadas, fueron extraordinarios ejemplos de espontaneidad, con un mínimo de organización. Las discusiones no dirigidas en el teatro del Odeón, en las que el presidente tenía que luchar con una audiencia tormentosa, salieron bien, pero fueron a dar en desorden y derroche de energías. Sospecho que otro tanto habría que decir de los comités de acción. Pero simpatizo con la opinión de COHN-BENDIT, de que la organización no debería ser impuesta desde arriba.

Durante la primera mitad de mayo, muchos intelectuales de París, así como muchos estudiantes, parecían pensar que la revuelta estudiantil era parte de una revolución más amplia, que ya había tenido lugar en Francia. No fue así. El reconocimiento de que la revuelta de la universidad se encontraba amenazada añadió urgencia al debate sobre "organización y democracia directa".

El periodismo resulta inevitablemente falsificador al concentrarse en el escenario y en el tema, en situaciones en las que lo más significativo puede no ser ni el escenario ni el tema. Probablemente más importantes que los acontecimientos de la primavera de París que he estado describiendo fueron los no-acontecimientos. A unos pocos cientos de metros de una zona del Barrio Latino, a pesar de las huelgas y de los estudiantes, había una atmósfera notablemente normal. Un modo de describirla sería decir que era como una vacación algo larga y algo restringida, con gentes bien vestidas que paseaban por las aceras, atestaban los cafés y los restaurantes, mientras muchas tiendas pequeñas abrían. La mayoría de los turistas extranjeros, es verdad, se habían marchado, pero los parisienses, al no tener otra cosa que hacer, hacían turismo en su propia ciudad, incluida la Sorbona, donde los actores se mezclaban inextricablemente con los espectadores.

Cenizas y porquería de las basuras sin recoger exhalaban una vaga neblina, un halo sobre las calles semejante a un viejo barniz sobre una pintura nueva, pero la presencia de aquellos olores se compensaba ampliamente

con la ausencia de gasolina. Uno tenía que caminar largas distancias, pero eso es bueno para la salud, y no es mucho más lento que ir en coche cuando hay mucho tráfico.

La misma primavera reafirmó lo que era mucho más manifiesto que la situación revolucionaria: la situación no-revolucionaria. En efecto, el que pudiera ir a haber una revolución sería — creo que todos estaban de acuerdo en eso — contra la evidencia de los sentidos, que establecen ciertas reglas externas para la revolución. Desde luego que el tiempo puede ser contradictorio, pero es difícil pensar que una revolución tenga lugar cuando todo el mundo parece particularmente bien humorado. Porque el resultado de la explosión de palabras que hubo en París ese mes de mayo fue que la mayoría de las personas pareciesen más complacidas de sí mismas — incluso más amigables — de lo que lo habían parecido durante años en París.

Pese a ello, hubo una tarde fea, aquella que siguió a la segunda alocución de DE GAULLE, cuando éste, diestramente, substituyó el referéndum que tan erróneamente había ofrecido en su primera alocución por otro referéndum cubierto por un nombre de mayor resonancia, el de elecciones generales. DE GAULLE acompañó ese gesto con la suelta de una ola de gasolina, sobre la cual llegó flotando, en sus automóviles, otra ola de gaullistas. Llegaron alegremente, tocando sus claxons por los bulevares, gritándose unos a otros, gritando para animar a otros a que gritasen, frenando brusca-mente sus coches, apeándose para abrazar a otro conductor o a algún peatón amigo, con sus vestidos *chic* y su arreglo de solemnidad, con su elegancia charra, la triunfante bacanal de su Mundo de Sociedad de Consumo Conspicuo, desvergonzada, jactanciosa, y más vulgar que cualquier multitud de las que yo he visto en Broadway o en Chicago. Aquello habría resultado atormentante aun en el mejor de los momentos, pero lo era todavía más cuando se pensaba en los estudiantes, los monjes seculares autoconfinados en la Sorbona.

Al día siguiente los estudiantes tuvieron una gran parada en el Boulevard Montparnasse, que pareció una despedida. Me retiré de allí paseando por la Rue de Rennes, y vi un espectáculo extraordinario. Bajo un fuerte sol, toda la calzada parecía cubierta de nieve. En realidad se trataba de periódicos rotos. Pregunté a una circunstante qué había sucedido. "Nada", me contestó, "excepto que Francia está loca". Los estudiantes habían leído en el *France Soir* anuncios del final de las huelgas, del final de su movimiento, y, enfurecidos, habían sembrado la calle con centenares de ejemplares desgarrados de aquel periódico. De un modo bastante curioso, con toda la lucha y las barricadas, aquélla fue la primera señal que vi de verdadera ira.

Si fuera posible hablarles, me gustaría decirles un par de cosas. La primera es que, por mucho que la universidad necesite una revolución, y la sociedad necesite una revolución, sería desastroso para ellos que no mantuviesen aparte las dos revoluciones, en sus mentes y en sus actos. Porque la universidad, aun cuando no sea conforme a sus deseos, es un arsenal del que tomar las armas con las que pueden cambiar la sociedad. Decir "no quiero una universidad hasta que la sociedad no tenga una revolución" es

como si Carlos MARX hubiera dicho: "no quiero ir a la biblioteca del British Museum hasta que haya una revolución".

La segunda cosa es que aunque los jóvenes de hoy tengan razones para desconfiar de la generación más madura, cualquier cosa que valga la pena hacer incluye el que ellos mismos se hagan más viejos. Lo que ellos son ahora no es tan importante como lo que serán dentro de diez años. Y si dentro de diez años se han convertido en lo que ellos creen ahora que es ser viejos, entonces todas sus luchas de hoy habrán resultado en nada.